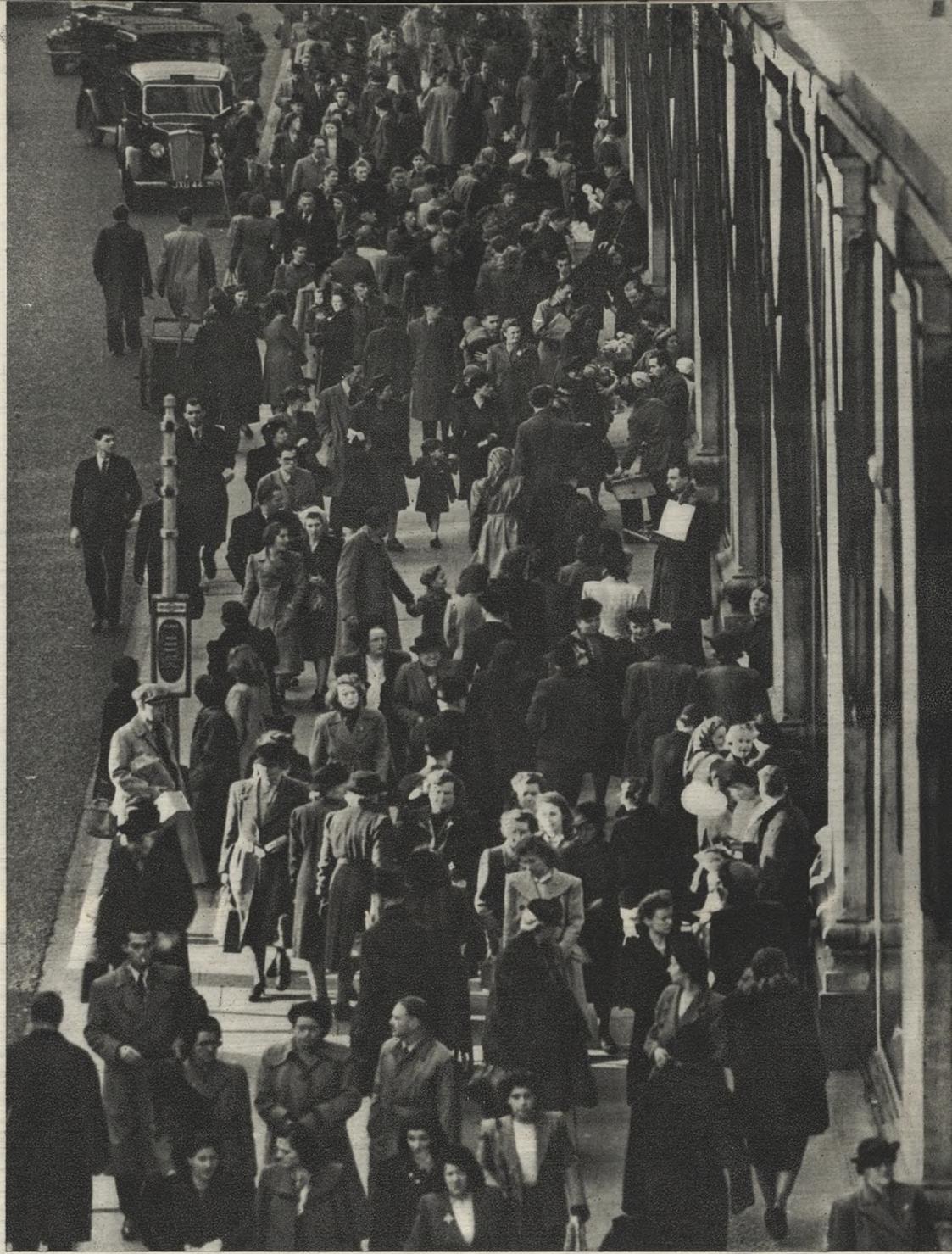


Un chico que estudia sus lecciones le pregunta a su padre: «Papá ¿qué «era» la clase media?» El dibujo, pues se trata de una caricatura en un diario de Londres, apareció hace poco más de un año; pero ya bastantes años antes, la clase media inglesa «era» o había dejado de ser.

Se la han tragado los extremismos políticos y las luchas sociales; las reivindicaciones obreras — hoy en el Poder— y la resistencia de las clases privilegiadas. Estas clases privilegiadas no son ahora las grandes familias de la vieja y alegre Inglaterra, con sus castillos, sus parques y sus pinacotecas, porque ellas se acaban también, sino los capitanes de la Industria y del Comercio. Todavía la fortuna de sir John Ellerman —un naviero— se calcula en cinco mil millones de pesetas. Todavía Mr. Ernest Edward Taylor, controla 69 compañías comerciales de excepcional importancia. Calculando que trabaje diez horas diarias, que la semana efectiva optimista tenga seis días y que el año sume 48 semanas, Mr. Taylor puede dedicar como máximo una hora de «cuido» por semana a cada uno de sus hermosos negocios.

La clase media pertenece hoy al medio proletario, pero con cuello duro. Gana menos, en líneas generales, que el trabajador. Y está ya, permanentemente en la situación de los «venidos a menos», sin esperanza. De casa a la oficina y de la oficina a casa, capea cada inglés como puede su temporal.



LA CALLE
DE LA
"OCASIÓN"

Oxford Street, en Londres, es el Paraíso de la clase defraudada. En esa calle está la línea de fuego de los grandes bazares, con su variedad de artículos a precios teóricamente asequibles. Y se amontonan los productos «utility»; es decir, los tejidos, los impermeables, los trajes hechos, los abrigos, la ropa interior y el calzado, de serie, en medidas intermedias —lo que podríamos llamar el corte y el calibre «esperanto»—, que no se gravan con impuestos de compra y convierten a las multitudes, a juzgar por su exterior, en anatomía dirigida. El vestido no está racionado desde los primeros meses de 1949. Pero los impuestos, al lujo o a la «fantasía», son duros. Sin necesidad de acudir a un entresuelo de la Saville Row, «logia», desde hace largo tiempo, de los mejores sastres de Londres, un traje a la medida, honorable, de Jefe de Administración cuando menos, cuesta de veinticinco a cuarenta libras, según el género, «con dos pruebas» y los recargos correspondientes si se exige alguna prueba más por veleidades de figurín. Los impuestos de compra varían, aproximadamente, del treinta a más del cien por cien del valor del artículo.

La clase defraudada pasa un día y otro día por Oxford Street. Es como una cacería de la compra ventajosa; de «la ocasión». En las aceras, al borde mismo de los grandes almacenes, interrumpiéndoles, se alinean los «spivs» u oportunistas de la «ganga», que la Policía persigue.

INGLATERRA Y SU CLASE DESVENTURADA

POR JACINTO MIQUELARENA

